

Lenguaje y cognición

Iraide Ibarretxe-Antuñano
Javier Valenzuela Manzanares



Contenidos digitales
www.sintesis.com


EDITORIAL
SÍNTESIS

Lenguaje y cognición

PROYECTO EDITORIAL CLAVES DE LA LINGÜÍSTICA

Director:
Juan Carlos Moreno Cabrera



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Lenguaje y cognición

Iraide Ibarretxe-Antuñano
Javier Valenzuela Manzanares



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Iraide Ibarretxe-Antuñano
Javier Valenzuela Manzanares

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-128-7
Depósito Legal: M. 24.769-2021

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo	9
1. <i>Lingüística y cognición: el lenguaje desde la lingüística cognitiva</i>	11
1.1. Los principios básicos de la lingüística cognitiva	14
1.2. El lenguaje es cognición	15
1.2.1. <i>La atención</i>	15
1.2.2. <i>La categorización</i>	21
1.3. El lenguaje es simbólico	27
1.3.1. <i>Unidades simbólicas: el polo de la forma</i>	27
1.3.2. <i>Unidades simbólicas: el polo del significado</i>	30
1.4. El lenguaje está motivado	35
1.5. El lenguaje está basado en el uso	39
1.6. La lingüística cognitiva hoy en día	41
2. <i>La estructuración del lenguaje: las construcciones</i>	43
2.1. ¿Qué es una construcción?	44
2.2. Las construcciones como amalgamas de información heterogénea ..	47
2.3. El lenguaje basado en el uso: una concepción específica	50
2.3.1. <i>Procesos de formación de construcciones: la emergencia</i>	51
2.3.2. <i>Procesos de formación de construcciones: la consolida-</i> <i>ción y el agrupamiento</i>	53
2.4. Una consecuencia de los enfoques basados en el uso: tipos de estructuras	57
2.4.1. <i>Estructuras de bajo nivel</i>	57
2.4.2. <i>Estructuras de nivel intermedio</i>	59
2.4.3. <i>Estructuras de nivel abstracto</i>	61
2.5. La gramática de construcciones como una corriente: distintas versiones de la teoría	62
2.6. ¿Existen las construcciones? Evidencia empírica de la psicolin- güística y los estudios de corpus	63

2.6.1.	<i>Acercamientos construccionales y evidencia psicolingüística</i>	65
2.6.2.	<i>Utilizando el corpus para investigar las construcciones</i> ..	68
2.7.	¿Para qué sirven los modelos construccionales?	70
2.7.1.	<i>Adquisición de primeras lenguas</i>	71
2.7.2.	<i>Adquisición de segundas lenguas</i>	74
2.7.3.	<i>Traducción</i>	75
2.7.4.	<i>Acercamientos computacionales: la robótica</i>	76
2.8.	Conclusiones	79
3.	<i>Lo universal y lo particular del lenguaje: tipología semántica, conceptualización y cultura</i>	81
3.1.	Tipología semántica, conceptualización y cultura	82
3.1.1.	<i>Los colores</i>	82
3.1.2.	<i>Las partes del cuerpo</i>	83
3.1.3.	<i>Las relaciones de parentesco</i>	85
3.1.4.	<i>Las relaciones topológicas espaciales</i>	89
3.1.5.	<i>Los marcos de referencia espacial</i>	93
3.2.	Una realidad, diferentes descripciones	98
3.3.	Los patrones de lexicalización de Talmy	101
3.3.1.	<i>Componentes y estrategias de empaquetamiento</i>	101
3.3.2.	<i>Eventos de movimiento</i>	103
3.3.3.	<i>Dos tipologías complementarias</i>	104
3.4.	Los patrones de lexicalización: problemas y mejoras	106
3.4.1.	<i>Expandiendo las estructuras de movimiento talmianas</i>	106
3.4.2.	<i>Restricciones y variación en los patrones de lexicalización</i>	109
3.5.	Tipología, relativismo lingüístico y discurso	112
3.6.	El pensar para hablar de Slobin	113
3.6.1.	<i>Tendencia discursiva 1: los verbos</i>	115
3.6.2.	<i>Tendencia discursiva 2: la elaboración de la Base</i>	117
3.6.3.	<i>Tendencia discursiva 3: la atención narrativa</i>	119
3.6.4.	<i>El estilo retórico</i>	120
3.7.	Más allá de las historias de la rana: problemas y mejoras	121
3.7.1.	<i>Otros estímulos</i>	121
3.7.2.	<i>Otros ámbitos de investigación: movimiento metafórico y gestualidad</i>	122
3.7.3.	<i>Otras lenguas: variación intratipológica, escalas de santidad y variación diatópica</i>	123
3.8.	Tipología, relativismo lingüístico y cognición	128
3.8.1.	<i>La Manera y la memoria</i>	129
3.8.2.	<i>La dinamicidad del evento y los movimientos oculares</i>	130
3.9.	¿Para qué sirven los patrones de lexicalización?	132

3.9.1. Adquisición y enseñanza de lenguas	133
3.9.2. Adquisición de primeras lenguas	133
3.9.3. Adquisición de segundas lenguas	136
3.9.4. Traducción e interpretación	139
3.10. Conclusiones	145
4. La conceptualización del lenguaje: las metáforas	149
4.1. ¿Qué es una metáfora conceptual?	150
4.1.1. Metáfora conceptual versus expresión metafórica (verbal y multimodal)	151
4.2. Tipos de metáfora	153
4.2.1. Según la complejidad interna de los dominios	154
4.2.2. Según la complejidad de la metáfora	161
4.2.3. Según la función de la metáfora	164
4.2.4. Otras clasificaciones de la metáfora	164
4.3. ¿En qué se basan las metáforas?	165
4.3.1. El cuerpo en la metáfora: la corporeización	166
4.3.2. La cultura en la metáfora	171
4.3.3. La lengua en la metáfora	177
4.4. ¿Existen las metáforas conceptuales?	178
4.4.1. Metáfora conceptual y evidencia empírica	178
4.4.2. Un añadido: el uso del corpus en la investigación sobre metáforas conceptuales	187
4.5. La metonimia conceptual	190
4.6. Un nuevo jugador: la teoría de la integración conceptual y de la amalgama	195
4.7. ¿Para qué sirven las metáforas?	198
4.7.1. La metáfora como mecanismo explicativo en las teorías científicas	199
4.7.2. La metáfora y la metonimia en la lexicología y la lexicografía	201
4.7.3. Adquisición de segundas lenguas	204
4.7.4. Análisis del discurso	207
4.8. Conclusiones	211
5. El lenguaje aún por descubrir: la multimodalidad	213
5.1. Expandiendo los límites del lenguaje: la multimodalidad	215
5.1.1. Del lenguaje no verbal al lenguaje multimodal	223
5.2. Sistemas tradicionales de comunicación multimodal	224
5.2.1. El sistema paralingüístico o vocal	225
5.2.2. El sistema kinésico	226
5.2.3. El sistema proxémico	227

5.2.4. El sistema cronémico	230
5.2.5. Otros sistemas de comunicación multimodal: el háptico y el olfativo	231
5.3. El interés del ser humano por la gestualidad	232
5.4. ¿Qué es la gestualidad? “Goldin-meadownianos” y “kendonianos”	234
5.4.1. El “test del investigador gestual”	234
5.4.2. Hacia una definición de la gestualidad	240
5.5. ¿Qué función tiene la gestualidad?	241
5.5.1. Las funciones internas o del emisor	242
5.5.2. Las funciones interaccionales o del destinatario	243
5.6. La sincronización entre el texto y el gesto	246
5.7. Hacia una tipología gestual	250
5.7.1. Los emblemas	251
5.7.2. Los gestos icónicos	252
5.7.3. Los gestos metafóricos	253
5.7.4. Los gestos deícticos	254
5.7.5. Los gestos beats o rítmicos	256
5.7.6. Los gestos butterworth o de ruptura	257
5.7.7. Los gestos interactivos	258
5.8. ¿Cómo se representa la gestualidad?	259
5.8.1. Elementos constitutivos del gesto	260
5.8.2. Elementos temporales del gesto	267
5.9. ¿Para qué sirve la multimodalidad?	270
5.9.1. Adquisición de primeras lenguas	271
5.9.2. Adquisición de segundas lenguas	274
5.10. Conclusiones	277
6. Conclusiones: más allá en la lingüística cognitiva	279
6.1. El futuro de la lingüística cognitiva	280
6.2. Una lingüística cognitiva más empírica	281
6.3. Una lingüística cognitiva más social	285
6.4. Una lingüística cognitiva más multimodal	290
6.5. Reflexiones finales	295
Bibliografía	299

CONTENIDOS DIGITALES



- Referencias bibliográficas
- Recursos sobre lingüística cognitiva
- Relación de vídeos

2

La estructuración del lenguaje: las construcciones

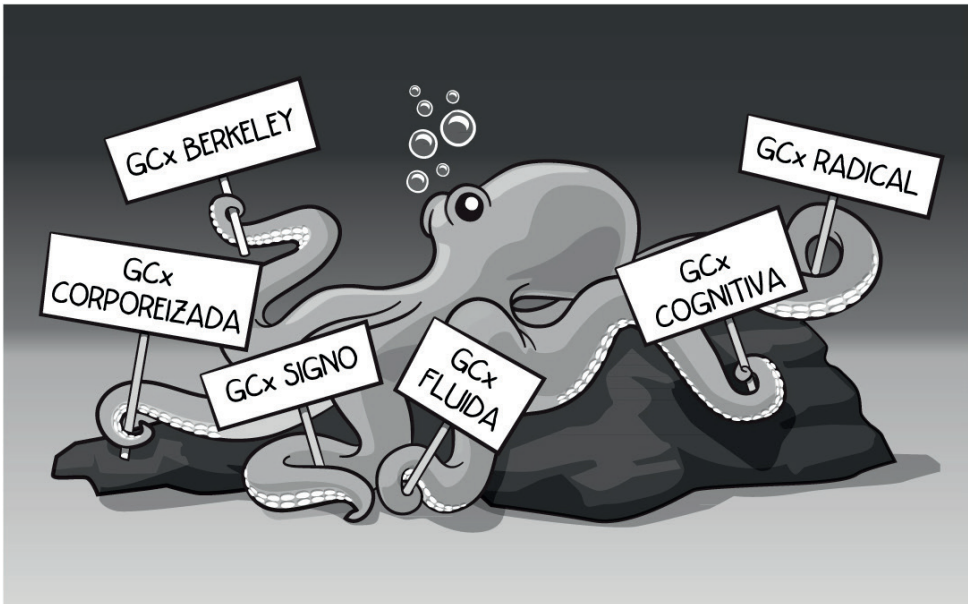


Figura 2.1. Las gramáticas de construcciones.

Los acercamientos gramaticales de corte cognitivista, de manera coherente con los presupuestos sobre el funcionamiento del lenguaje presentados en el capítulo 1, se distinguen muy claramente de propuestas gramaticales más tradicionales. Hay que tener muy claro que la concepción del lenguaje en la que se base una teoría necesariamente ha de tener una gran influencia sobre el tipo de modelo teórico que propone. En este sentido, en la lingüística cognitiva (en adelante, LC) se opta por un modelo *construccional* del lenguaje. Como se verá en este capítulo, la adopción de este modelo tiene, a su vez, profundas consecuencias para otras muchas áreas, ya que ofrece sus propias propuestas para responder algunas preguntas cruciales sobre el lenguaje. Por ejemplo, cómo adquieren el lenguaje los niños, cómo aprenden los hablantes una segunda lengua, cómo se almacena la información lingüística en nuestra mente, cómo se procesa el lenguaje, tanto en la comprensión como en la producción, cuál es la organización interna del sistema lingüístico, cómo influye esta organización en tareas lingüísticas como la traducción o la interpretación, y un largo etcétera. Se empezará, por lo tanto, por revisar esas suposiciones de base del modelo construccional, así como las consecuencias que se pueden esperar con su adopción. Este capítulo empieza con la definición de la unidad básica del lenguaje según estos acercamientos, la *construcción*; a continuación, se revisarán las relaciones de este modelo de organización lingüística con otros aspectos de nuestra cognición, especialmente con los asuntos más directamente relacionados con la semántica; luego, se examinarán una serie de estudios que permitirán decidir hasta qué punto podemos confiar en la realidad psicolingüística de este modelo organizativo, y se finalizará con un repaso algo más concreto de algunas de esas consecuencias que se han mencionado, así como de las posibles aplicaciones de este modelo.

2.1. ¿Qué es una construcción?

La definición de construcción es engañosamente simple: una construcción es el emparejamiento de una serie de rasgos de forma y una serie de rasgos de significado. Este tipo de definición nos remite, de manera inmediata, a unas de las unidades más conocidas (de hecho, se podría decir “fundacionales”) de la lingüística contemporánea: el “signo lingüístico” del lingüista suizo Ferdinand de Saussure. Saussure definió el signo lingüístico como la unión de un significante (la forma) con un significado (un contenido). En esta definición original, un signo lingüístico correspondía básicamente con una palabra: la palabra *pato* consiste en un significante, formado por la unión de una serie de sonidos (los fonemas /p/, /a/, /t/ y /o/) que se asocia a un significado (‘ave palmípeda acuática’). En la visión adoptada por los acercamientos construccionales, se amplía esta perspectiva, y se introducen cambios en su concepción: una construcción es un signo lingüístico, pero

aumentando de manera dramática lo que puede incluir el significante, que pasa a ser *cualquier* parámetro formal (o configuración de parámetros), es decir, información fonológica morfológica, sintáctica y suprasegmental (p. ej., entonativa), entre otras; y lo mismo ocurre con el polo de significado, que de nuevo se concibe de manera totalmente inclusiva (con significados léxicos o de otros tipos, pero también con funciones pragmáticas, discursivas, etc.). Esto quiere decir que una construcción puede abarcar elementos con muchos posibles niveles de complejidad: una palabra, pero también, un morfema, una expresión multiléxica o incluso una configuración de categorías sintácticas.

Se podría tomar como ejemplo inicial el caso del morfema español -s para indicar plural. En este ejemplo, hay un significante, una forma, que es esa “-s”, al que se asocia un significado, que es precisamente el de pluralidad. Lo mismo se puede decir de palabras como *gato*, que tienen un significante y un significado. Se puede ampliar esta lista con palabras compuestas (*tocadiscos*) y llegar sin problemas a expresiones idiomáticas: la expresión *estirar la pata* asocia esta forma (la unión del verbo *estirar* con el sintagma nominal *la pata*), que es su significante, con un significado, que es básicamente ‘morir’. Estas extensiones son más o menos esperables y aceptables para cualquiera. Como se ha comentado anteriormente y se verá con más detalle a continuación, lo novedoso del acercamiento construccional es que unidades tanto simples como complejas siguen la misma estructura: unos parámetros de forma unidos a unos parámetros de significado. Es por ello que se caracteriza a las construcciones como “unidades simbólicas”.

El hecho de postular unidades simbólicas que relacionan de manera inseparable una forma con un significado es algo que, aunque parezca trivial, no lo es en absoluto: de hecho, es uno de los rasgos distintivos de la gramática de construcciones (en adelante, GCx), que separa esta teoría de otros acercamientos más clásicos, que tradicionalmente han abogado por la descripción de unidades lingüísticas a nivel puramente formal. En la GCx *todas* las unidades, todas las construcciones, consisten de manera *necesaria* en una asociación de parámetros de significado con parámetros de forma. Es decir, no es posible postular unidades que contengan información únicamente de uno de los polos: una configuración que estipule restricciones de índole formal únicamente no cualifica como construcción, y por lo tanto, no tiene cabida en una descripción del lenguaje de este tipo. Todas las construcciones deben estar asociadas a algún parámetro de significado, aunque el significado sea muy esquemático o general.

Un poco más arriba se acaba de ver cómo morfemas, palabras y giros idiomáticos cualifican como construcciones; algo similar se puede argumentar sobre construcciones más abstractas, como la transitiva: la configuración formal (la concatenación de sujeto + verbo + objeto) lleva aparejado un significado, aunque sea muy abstracto o genérico (en este caso, el significado prototípico sería el de ‘un

agente realiza una acción que afecta a un paciente’). En el cuadro 2.1 se muestra una serie de construcciones de distintos niveles de complejidad (véase también el ejemplo 8 del capítulo 1):

Cuadro 2.1. Ejemplos de construcciones con diversos grados de generalidad (o especificidad) y complejidad (adaptado de González-García, 2012: 255)

<i>Construcción</i>	<i>Forma/ejemplo</i>
Palabra	<i>Idiosincrasia, democracia</i>
Palabra parcialmente saturada (morfema)	<i>Anti-N antinuclear</i> <i>Pre-N prepedido</i>
Palabra compleja (saturada)	<i>Pagafantas, caradura</i>
Expresión idiomática (saturada)	<i>Ponerse el mundo por montera</i> <i>Prometérselas muy felices</i>
Expresión idiomática (parcialmente saturada)	<i>¿Por qué no intentarlo?</i> <i>Tener a (alguien) en gran estima</i>
Construcción comparativa-condicional	Forma: <i>Cuanto X</i> , expresión comparativa <i>Y</i> <i>Cuanto más lo pienso, más dudas tengo</i> <i>Cuanto antes mejor</i>
Construcción resultativa	Forma: Sujeto, V, OD, SXPCOMP <i>Dejó el plato bien limpio</i> <i>Raid los mata bien muertos</i>
Construcción pasiva	Forma: Sujeto, V (auxiliar + participio pasado), sintagma preposicional <i>El alumno fue premiado por el profesor</i> <i>América fue descubierta por Cristóbal Colón</i>

En el cuadro 2.1 se ven desde construcciones simples, como la construcción más básica de palabra o la de morfema, hasta palabras complejas, formadas por dos palabras distintas que se unen y forman una unidad (p. ej., *caradura*), expresiones idiomáticas saturadas (es decir, que no admiten ningún cambio en su forma) o solo parcialmente saturadas (es decir, que admiten variables, como *tener a tu hermano/Luis/este profesor en gran estima*). También aparecen construcciones que mezclan palabras concretas con elementos variables, como la construcción comparativo-condicional y, finalmente, construcciones mucho más abstractas, como la construcción resultativa: la combinación de un sujeto y un verbo más un objeto directo, seguido de un adjetivo, se une con la

interpretación semántica de alguien (el sujeto) hace algo (el verbo) a alguien o algo (el objeto directo), que como resultado de esta acción termina en el estado indicado por el adjetivo.

2.2. Las construcciones como amalgamas de información heterogénea

Como se explicará en más detalle en el apartado 2.3, se asume que las construcciones son “cristalizaciones de patrones discursivos repetidos”; es decir, capturan en una estructura los aspectos que se repiten en una situación comunicativa. En este sentido, cualquier tipo de información que se reitere puede estar incluida en una construcción: información de tipo formal, como determinadas marcas morfosintácticas, o información de tipo semántico-pragmático. En principio, no hay un límite teórico sobre qué tipo de información puede intervenir en una construcción. Este acercamiento permite una gran libertad a la hora de describir estructuras gramaticales, así como la inclusión de marcas tanto formales como significativas que hasta ahora no se habían incluido en descripciones lingüísticas. Por ejemplo, si el uso de un determinado patrón lingüístico está asociado a un determinado estado interno emocional del sujeto, este significado puede asociarse con la construcción en forma de significado connotativo. Si siempre que se utiliza un expletivo tabú en una situación (es decir, una palabrota), existe un estado de activación emocional, esta carga emocional o connotativa pasa a formar parte efectiva de la construcción. Lo mismo podría ser posible con elementos lingüísticos multimodales, como expresiones faciales, movimientos corporales, etc., tal y como se expone más adelante.

La visión de la construcción como una amalgama de información heterogénea se opone además a la suposición de efectos de modularidad en el lenguaje. Los acercamientos modulares asumen que los distintos tipos de información lingüística (la fonología, la morfología, la sintaxis, la semántica) pertenecen a “módulos” distintos y se aplican de manera secuencial y separada, sin que exista una influencia directa de unos tipos de información en otros. En cambio, en la GCx, toda la información, de cualquier nivel, interviene de manera simultánea en un signo construccional, y las construcciones no se pueden entender sin la activación de *toda* la información que la conforma.

Por ejemplo, en los acercamientos modulares que se han mencionado, la entonación se ha visto como una parte “añadida” o “superpuesta” a las frases y a las reglas gramaticales. En cambio, en la GCx, se permite que determinadas entonaciones pasen a formar parte indisoluble de algunas construcciones. Un ejemplo muy claro es el de la denominada “construcción de incredulidad”. En español, existen unos requisitos morfosintácticos de concordancia entre el sujeto y el verbo. Así, la oración *Iraide cantar tirolés* no es gramatical, puesto que el sujeto no

concuenda con el verbo principal, que está en infinitivo. Sin embargo, si se asocia esta oración con unos requisitos prosódicos, de manera que rítmicamente se separe el sujeto del verbo principal y se incluya una entonación ascendente de tipo interrogativo (¿Iraide, cantar tirolés?), activamos un tipo de construcción específica: [Sujeto | Verbo infinitivo ↑]. En esta construcción (que por convención se representa entre corchetes cuadrados []), los parámetros formales morfosintácticos (la inclusión de un verbo en infinitivo que no concuerda con el sujeto, junto con una entonación ascendente de tipo interrogativo) activan de manera inevitable la otra “mitad” de la construcción, su parte de significado, y se asocia a la expresión de incredulidad o extrañeza por parte del hablante, la sensación de que el evento del que se habla no es habitual o normal.

Este no es el único caso en el que existe una relación estrecha entre el comportamiento gramatical y la entonación. Valenzuela y Hilferty (2007) realizaron un estudio con una construcción española: [*Hay X y X*]. Esta construcción, en la que se reduplica el objeto del verbo *haber* (p. ej., *hay días y días*, *hay bancos y bancos*), corresponde en realidad a dos subconstrucciones muy similares, que únicamente se distinguen por un parámetro formal: el entonativo. Así, la oración *hay niños y niños* puede activar, con una entonación en la que el primer *niños* sube y el segundo baja (*hay niños* ↑ y *niños* ↓), un contraste entre ambos nominales, y distinguir entre dos tipos de niños. El aspecto diferencial concreto que se activa con esta frase no es fijo, sino que emerge de manera dinámica del tópico discursivo o de distintos elementos presentes en el contexto, el propósito de la conversación, etc. Por ejemplo, según el contexto, el tipo de contraste en la oración contrastiva *hay libros y libros* puede ser de distintos tipos, como se ve en el ejemplo (1):

- (1) a. *Hay libros* (interesantes) y *libros* (aburridos).
- b. *Hay libros* (caros) y *libros* (baratos).
- c. *Hay libros* (bien escritos) y *libros* (mal escritos).
- d. *Hay libros* (apropiados para regalarle a tu abuela) y *libros* (inapropiados para regalarle a tu abuela).

Frente a esta construcción contrastiva, existe una construcción muy parecida formalmente, pero distinta en su significado: la construcción enumerativa. Los aspectos morfosintácticos son idénticos, pero la asociación con una curva entonativa distinta dispara otro tipo de semántica. Por ejemplo, si la oración del párrafo anterior se pronuncia con ambos nominales con entonación ascendente (*hay niños* ↑ y *niños* ↑), el significado que activamos es el de ‘hay muchos niños’. De esta manera, es la entonación lo que distingue el tipo de significado con que se asocian los parámetros formales. Esto es lo que se muestra en la figura 2.2: la misma frase, *hay coches y coches*, puede ser entendida de manera contrastiva o de manera enumerativa dependiendo de cómo sea su entonación.



Figura 2.2. Dos lecturas de la frase *hay coches y coches*.

Otro ejemplo es el que estudió Montolió Durán (1999): la construcción española [*pero si-*]. Como se ve en el ejemplo (2), el énfasis de la entonación debe caer sobre la palabra *ya*, de lo contrario, no se activa de manera efectiva el significado de la construcción:

- (2) a. ¡*Pero si YA lo he hecho!*
b. *? *Pero si ya lo he hecho.*

En (2b), la misma oración (2a), pronunciada con un tipo de entonación plana, carece de las marcas formales requeridas por la construcción y, por lo tanto, no llega a activarse su significado (con lo que no llega a sonar de manera natural). El significado que se activaría en esta construcción tiene que ver con una respuesta a un reproche injusto que se le hace al hablante, que expresa con su frase la falta de veracidad de la afirmación.

Como se ha dicho en un principio, se puede incluso ir más allá y postular la inclusión de parámetros que forman parte del sistema lingüístico, pero no son verbales (es decir, no implican el uso de palabras). Por ejemplo, el gesto de levantar los hombros se asocia con la fórmula “no lo sé” o “no me importa”, de manera tan directa que incluso el gesto por su cuenta puede activar la construcción. Esto ha llevado a un reciente movimiento dentro de la GCx en el que se propugna el desarrollo de una GCx multimodal (Steen y Turner, 2013; Pagán-Cánovas y Valenzuela, 2017; Valenzuela, 2021). En el capítulo 6 se discutirá con mayor profundidad el papel de la gestualidad en el lenguaje y esta nueva dirección de la GCx.

2.3. El lenguaje basado en el uso: una concepción específica

¿De dónde surgen las construcciones? En consonancia con otras explicaciones de corte cognitivista, en la GCx no se asume ningún tipo de estructura innata con la que nacen los niños que se actualice o modifique según los detalles particulares de la lengua en que crezcan. En acercamientos como el clásico chomskyano, los “bloques” iniciales del lenguaje son una serie de categorías sintácticas que son universales e innatas, y que conforman la denominada “gramática universal” (p. ej., Pinker y Jackendoff, 2005). En este sentido, la concepción de gramática que se sostiene en los acercamientos construccionales es muy distinta de estas concepciones previas. La GCx (al menos, la mayoría de versiones) es una teoría “basada en el uso” (*usage-based theory*). Esto quiere decir que no se sigue la conocida distinción entre “competencia” y “actuación” (en la terminología de Chomsky), o *langue* y *parole* (en la terminología de Saussure). Se asume que el estudio de la gramática no debe basarse en el “conocimiento idealizado de un hablante ideal”, desligado de los aspectos más concretos del uso particular. Muy al contrario, la estructura misma de la lengua no se puede entender aislando el lenguaje de su contexto, puesto que las estructuras lingüísticas surgen de manera directa de este tipo de aspectos contextuales y de uso. La idea en los acercamientos construccionales a la gramática es que es precisamente el uso lingüístico el que da forma al lenguaje y explica sus estructuras y sus variantes. Son nuestras experiencias lingüísticas repetidas las que crean y dan forma a las representaciones cognitivas que usamos con el lenguaje. Este es el significado preciso de la frase “acercamientos basados en el uso”. Tanto las estructuras gramaticales como las mismas categorías gramaticales son de esta manera entidades de naturaleza fluida, que surgen del procesamiento de grandes cantidades de material lingüístico. En este sentido, parámetros como la frecuencia de uso, que pertenecen de manera directa al ámbito de la actuación, se revelan como completamente cruciales a la hora de dar forma a los sistemas gramaticales de las lenguas, como se discutirá más adelante.

Las construcciones surgen, por lo tanto, de manera gradual, a medida que los hablantes observan correlaciones entre aspectos formales del lenguaje y aspectos significativos; esas correlaciones se van aislando (destilando, si se quiere), y una vez afianzadas por medio de su uso repetido, la frecuencia, pasan a formar parte del conocimiento lingüístico del hablante, que consiste en un repertorio de construcciones. Este repertorio no es una simple lista de construcciones, sino un “construcción” (como analogía de “lexicón”): la red estructurada que forman las distintas construcciones y las relaciones existentes entre ellas.

Los procesos mentales que se utilizan para adquirir o aprender estas unidades construccionales no son estrictamente lingüísticos, sino que aparecen en otras áreas de la cognición. Son mecanismos como la analogía, la automatización, la consolidación (*entrenchment*) y el agrupamiento (*chunking*). El basar la gramática en el uso permite a las gramáticas construccionales proporcionar explicaciones

muy naturales y efectivas a las teorías de adquisición (p. ej., Tomasello, 2008), de procesamiento (Ellis, 2002) y de cambio lingüístico (Bybee, 2003).

De manera más intensa que en otras áreas de la lingüística, la tensión entre innato-aprendido es especialmente problemática aquí. Debe clarificarse que en la LC no se niega el término “innato” en toda su amplitud. Está claro que existen mecanismos innatos que hacen que los humanos adquiramos el lenguaje mientras que otros mamíferos superiores no llegan a adquirir sistemas de comunicación del nivel de complejidad del lenguaje humano. Lo que se niega en la LC es la existencia de *representaciones lingüísticas* innatas (como se mencionaba al principio de este apartado); en ningún caso se niega que existan sesgos innatos en el cerebro (de hecho, se asume que este es el caso), ni que existan restricciones biológicas sobre la *arquitectura* de la cognición (en este sentido, véase Elman *et al.*, 1996; Benítez-Burraco, 2016). Estos sesgos pueden estar basados en otros aspectos, prelingüísticos, como nuestras habilidades sociales o de colaboración; en este sentido, el psicólogo evolutivo Michael Tomasello tiene una completa teoría sobre cómo este tipo de aspectos colaborativos y sociales emergieron de forma evolutiva en el ser humano y son, de hecho, los que permitieron la aparición del lenguaje, que surgió de manera más cultural e indirecta que como sesgos lingüísticos directamente codificados en nuestro genoma.

Una vez se ha ofrecido una visión general de las construcciones como unidades extraídas del uso lingüístico, ahora toca explicar en más detalle los procesos que se han mencionado anteriormente de pasada. A continuación, se revisarán algunos procesos principales: la emergencia, la consolidación y el agrupamiento.

2.3.1. Procesos de formación de construcciones: la emergencia

Como ya se ha mencionado, las construcciones son estructuras “emergentes” (la frase que se usaba era “cristalizaciones de patrones discursivos repetidos”), que por medio de su repetición (esto es, por efectos de frecuencia) van consolidándose como unidades. El concepto de *emergencia* implica que el lenguaje es un sistema dinámico capaz de “autoorganizarse”, es decir, de encontrar una estructura propia de manera adaptativa y según las presiones del contexto, sin que sea necesario un “plan previsto” (lo que lleva asociada la idea de que los sistemas gramaticales serán algo cambiante y no estructuras fijas e inmutables). La autoorganización es un fenómeno muy frecuente en la naturaleza: se crean estructuras de complejidad creciente de manera espontánea, sin la existencia de un coordinador central o una autoridad externa que esté ejecutando un plan prediseñado. La emergencia de estos patrones se puede explicar por las interacciones locales de los distintos elementos que forman el sistema. Como se ilustra en la figura 2.3, hay muchos ejemplos de sistemas autoorganizativos en la naturaleza, como los nidos de termitas, los senderos de las colonias de hormigas, el desplazamiento grupal que siguen diversos animales (manadas de mamíferos, grupos de pájaros o de peces), la estructura de

los copos de nieve y un larguísimo etcétera. De hecho, cosas tan mundanas como la formación de un sendero se explica como una estructura emergente: la gente encuentra que es más sencillo atravesar el prado siguiendo una determinada trayectoria y, a medida que muchas personas siguen el mismo camino, van creando un sendero, en el que la hierba crece menos, que no ha sido “planificado” por nadie en concreto, sino que ha surgido de manera espontánea de la interacción de muchos agentes individuales.

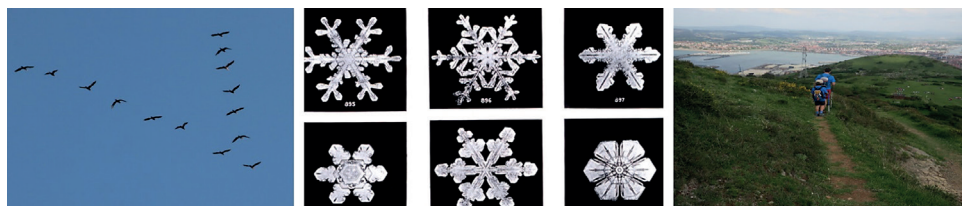


Figura 2.3. Estructuras emergentes en la naturaleza: vuelo de los pájaros, copos de nieve y senderos humanos.

Muchas disciplinas, además, han utilizado este concepto para explicar el funcionamiento de diversos fenómenos, como la cristalización en la física, el autoensamblaje de las moléculas en la química, la estructura y flujos de mercado en la economía o el plegado de las proteínas en la biología. En este sentido, este tipo de posicionamiento acerca los estudios lingüísticos, por lo tanto, a estos otros tipos de disciplinas que estudian fenómenos complejos y dinámicos.

Todo esto quiere decir que la formación de una construcción es un proceso gradual, lo que, a su vez, implica decir que el estatus de “construcción” de una estructura dada es igualmente algo gradual, y no algo binario (no se pueden clasificar de manera taxativa las estructuras lingüísticas en “construcciones” y “no construcciones”). Existe todo un rango de “consistencias internas” de una estructura lingüística correspondientes a las infinitas variantes de frecuencia con la que aparecen sus elementos juntos: desde la aparición ocasional de varios elementos coordinados en un uso puntual, que aparecen en un contexto dado y no vuelven a aparecer juntos, hasta la frecuencia absoluta de elementos que aparecen siempre juntos en todas las ocasiones, como en el caso de muchos usos idiomáticos.

Incluso existe la posibilidad de palabras que forman parte de una construcción más o menos idiomática, pero no tienen existencia independiente fuera de ella. Por ejemplo, en español la palabra *fu* no existe por sí sola y siempre la vamos a encontrar en el contexto de la frase idiomática *ni fu ni fa* (que de esta manera podemos cualificar como construcción). Lo mismo podría decirse de la palabra *bartola*, que solo aparece en expresiones como *tirarse a la bartola* (las

alternativas son muy limitadas, *echarse* o *tumbarse a la bartola*) o la palabra *bruces*, que de nuevo solo aparece en contextos como *darse de bruces con* o *caerse de bruces*. Finalmente, una posibilidad menos extrema pueden ser las denominadas colocaciones de “rango estrecho”: si se encuentran en el discurso las palabras *encogerse de*, de manera abrumadora lo que va a aparecer con mayor frecuencia a continuación es la palabra *hombros*; por eso se dice que su rango es “estrecho”: no existen muchas posibilidades de combinación tras la frase *encogerse de*.

2.3.2. Procesos de formación de construcciones: la consolidación y el agrupamiento

El encontrar de manera frecuente una determinada configuración de elementos facilita que esta estructura se “consolide” en la mente de los hablantes; en otras palabras, que se almacene en la memoria y sea reutilizada por distintos hablantes de la comunidad lingüística en diversas ocasiones. La *consolidación* (*entrenchment*, en su terminología anglosajona) se basa de nuevo en estrategias cognitivas que no son de naturaleza específicamente lingüística. Es el caso de la estrategia denominada *agrupación* o *agrupamiento* (*chunking* en su etiqueta anglosajona). En el agrupamiento, una exposición repetida a ciertos estímulos hace que estos estímulos se asocien entre sí y se conviertan en una unidad conjunta (un “grupo” o *chunk*). El agrupamiento es un procedimiento muy básico que tiene que ver con ciertas restricciones de nuestra memoria a corto plazo y con las estrategias para incrementar su efectividad. En 1956, George Miller escribió un famoso artículo titulado “El número mágico 7, más o menos dos: algunos límites de nuestra capacidad para procesar información”. En él demostraba que la memoria a corto plazo tiene una capacidad de almacenamiento de unos siete ítems (o *chunks*) y que una estrategia para guardar una cantidad mayor de información en la memoria es agrupar la información en “unidades” mayores. Para comprobar esta idea se va a hacer un experimento. En la figura 2.4 hay una lista de números que es necesario aprender de memoria: ¿qué secuencia resulta más fácil aprender: la representada en (a) o en (b)?

- a)
- 1-9-1-4-1-4-9-2-2-0-0-3
- b)
- 1-9-1-4 1-4-9-2 2-0-0-3

Figura 2.4. ¿Cómo se recuerdan mejor las secuencias de números?

Según Miller, recordar la secuencia de números en la figura 2.4 es más fácil en (b) que en (a). La agrupación de esta secuencia en ítems de cuatro números, de manera que formen fechas ([1-9-1-4]-[1-4-9-2]-[2-0-0-3]), hace que la tarea sea mucho más sencilla que cuando no forman ninguna agrupación (1-9-1-4-1-4-9-2-2-0-0-3).

Esta estrategia cognitiva básica de memorización se aplica también al lenguaje y con toda probabilidad constituye la base por medio de la cual se reconoce y se usan las estructuras lingüísticas. Esto también explica por qué el agrupamiento incrementa la capacidad de procesamiento lingüístico y la fluidez lingüística. Cuando se almacenan secuencias de palabras repetidas, como fórmulas, se reduce de esta manera el esfuerzo cognitivo para su procesamiento. Es más, se incrementa tanto la facilidad de reconocimiento (que se hace predictivo de esta manera, ya que el reconocimiento de una parte del elemento ayuda a recuperar el resto de la información contenida en el todo) como la capacidad de producción, puesto que el sistema de memoria únicamente debe recuperar una unidad “en bloque” y libera recursos para buscar la siguiente unidad que mencionar en el discurso.

En este sentido, existen estudios que relacionan el conocimiento de unidades idiomáticas complejas con la fluidez lingüística (p. ej., en una segunda lengua). Esto es sencillo de comprender; es similar a hacer un puzzle: cuanto más grandes sean las piezas, más sencilla es su realización. Lo mismo ocurre en otras áreas distintas del lenguaje: un jugador de ajedrez es capaz de memorizar la configuración de piezas en un tablero como los de la figura 2.5 de manera más rápida y eficiente que alguien no experto. La razón es sencilla: es capaz de reconocer “grupos” o “configuraciones” de posiciones de las fichas de ajedrez a un nivel superior al de un lego y, por tanto, recuerda con mayor facilidad las posiciones (De Groot, 1946; Gobet, 1998). No tiene una capacidad de memoria superior; simplemente es capaz de percibir unidades mayores a las posiciones individuales de las piezas y, por tanto, aunque recuerde el mismo número de “unidades de memoria”, estas unidades incluyen un número mayor de posiciones.

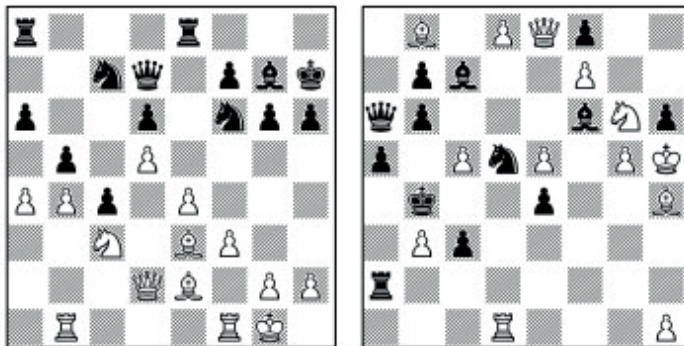


Figura 2.5. Los jugadores de ajedrez expertos recuerdan mejor las posiciones de las fichas.

De hecho, el “agrupamiento” se observa en otros niveles de la configuración biológica humana; las acciones motoras deliberadas formadas por varios submovimientos que se repiten se almacenan en la memoria motora como unidades completas. Esto es lo que se observa en el entrenamiento deportivo: un jugador de tenis debe memorizar la secuencia de configuraciones corporales y de movimientos que componen un golpe de revés, por ejemplo, y alcanza “fluidez” cuando todas estas configuraciones motoras se almacenan como una única unidad y permiten automatizar el movimiento. Lo mismo ocurre con las secuencias motoras de la música: un pianista almacena patrones de movimientos.

El procedimiento, por lo tanto, es el que se ha resumido en la figura 2.6: una serie de palabras aparece repetida con cierta frecuencia en el discurso; debido a este efecto de repetición, esa secuencia se automatiza y “reagrupa” y, por un proceso de reanálisis, se almacena como una unidad, con lo que se incrementa la eficiencia del sistema.

Repetición > Automatización > Agrupamiento > (Reanálisis) > Nueva unidad
--

Figura 2.6. Proceso de creación de unidades por repetición y reanálisis.

El resultado del proceso es, por lo tanto, una nueva unidad hecha con las antiguas palabras. Ahora bien: ¿cómo se puede saber que existe esta nueva unidad?, y ¿en qué se distingue de la anterior configuración de simple secuencia de palabras? Estos aspectos han sido muy estudiados (p. ej., Bybee y Hopper, 2001; Bybee, 2006), y muestran algunas características en común como las siguientes.

Por un lado, una mayor opacidad de la nueva unidad; al pasar a consolidarse como estructura independiente, se suelen observar pérdidas de transparencia, a medida que el significado propio de la construcción se va mezclando o imponiendo sobre el significado individual de los elementos que la componen. Esto es especialmente acusado (incluso definitorio, se podría decir) en el caso de expresiones idiomáticas como, por ejemplo, *estirar la pata*. En este caso, los significados individuales de los elementos que componen la estructura, es decir, las palabras *estirar* o *pata*, se han ido “disolviendo”, por así decirlo, en el sentido general de la estructura, y se ha impuesto el significado global de la estructura, que resulta de esta manera menos transparente, más “opaca”, al no poder relacionarse de manera tan directa con el significado individual de cada elemento.

Otra característica sería que las nuevas unidades también exhiben procesos de reducción fonológica, en el que determinados fonemas se atenúan o eliden. En español hay muchos ejemplos: la manera más frecuente de decir “¿Cómo estás?” seguramente sería algo parecido a “¿comostás?”. Otro caso muy común es el de la preposición *para*, que se suele reducir; por ejemplo, cuando va con *acá* o

allá, se suele encontrar de manera habitual en el discurso oral como “*p’acá*” o “*p’allá*”.

Esta reducción fonológica desemboca con frecuencia en la fusión de elementos; en algunos casos, los elementos que antes se encontraban de manera independiente pasan a formar parte indivisible de la nueva unidad. Por ejemplo, en el caso de la preposición *para*, es tan común su reducción que incluso puede llegar a ser una única unidad, como se ilustra en la figura 2.7. Este ejemplo forma parte de un eslogan publicitario del tranvía que va desde Santa Cruz de Tenerife hasta La Laguna y, por lo tanto, tiene una función específica: atraer la atención del usuario que utiliza el tranvía de forma frecuente para ir desde la parte baja de la isla, donde está Santa Cruz, hasta la parte alta, donde se sitúa La Laguna. Sin embargo, este proceso de fusión se encuentra documentado y consolidado en muchos casos de evolución diacrónica del español. Un ejemplo sería el de los morfemas verbales de futuro, que un día fueron un elemento léxico independiente, el verbo *haber*, y que con el nuevo reanálisis son ya morfemas fijos. Se pasa de *cantar he*, *cantas has*, *cantar hemos*, a *cantaré*, *cantarás*, *cantaremos*.



Figura 2.7. *Parriba y pabajo*. Construcciones y reducción en Tenerife.

Finalmente, también se observa en algunas ocasiones la preservación de características morfosintácticas obsoletas, que quedan “aisladas” en su unidad, fuera del alcance de determinados procesos de renovación de la lengua, como recursos arcaicos de tiempos anteriores. Ejemplos en español podrían ser el caso de expresiones como *donde fueres*, *haz lo que vieres*, o el uso de la preposición *so* en expresiones como *so pena*.

En realidad, este proceso también aparece en niveles inferiores; es el caso del aprendizaje de la lectura, en el que pasamos de la denominada lectura fonológica a la lectura “holística”. Cuando se aprende a leer, se han de procesar los sonidos de las distintas letras de manera individual, una a una, almacenando en la memoria a corto plazo una lista de fonemas muy distintos; como resultado, la lectura es lenta y dificultosa. A medida que una determinada configuración de sonidos se presenta de manera más regular, se va incrementando la fluidez, hasta que llega el momento en que la combinación de fonemas forma un “grupo” o *chunk* (que en este caso se llama “palabra”) y simplemente se reconoce su forma global; la pronunciación de este grupo está asociada en la memoria, sin tener que “descender” a la descomposición de su pronunciación fonémica. Por ello, la fluidez con la que se lee un texto que contiene palabras con una frecuencia suficiente se rompe cuando se encuentra una palabra larga poco frecuente y se ha de pasar a la pronunciación fonémica. Esto le ocurre a algunos locutores españoles, cuya fluidez al leer las noticias se interrumpe cuando tienen que pronunciar apellidos vascos como *Zengotitagoitia* o *Etxebarrietaaltaleorrage* o describir una visita al pueblo de *Azpilikuetagaraiko-saroiarenberekolarrea*.

2.4. Una consecuencia de los enfoques basados en el uso: tipos de estructuras

2.4.1. Estructuras de bajo nivel

Si la manera en la que las estructuras del lenguaje se van construyendo es como se ha descrito hasta ahora, empezando por la asociación de palabras repetidas en el discurso que van formando poco a poco estructuras más abstractas, lo esperable sería encontrar una gran cantidad de estructuras de bajo nivel, esto es, de unidades formadas por configuraciones de palabras que se repiten de manera literal, sin demasiadas variantes y que se almacenan como unidades de esta manera. Y de hecho, esto es precisamente lo que ocurre. Existe mucha investigación sobre la cantidad de lenguaje formulaico y de giros idiomáticos que contienen las lenguas. Se utiliza aquí la expresión “lenguaje formulaico” en su sentido más amplio, como “una secuencia, continua o discontinua de palabras u otros elementos que es, o parece ser, prefabricado: es decir un todo almacenado y recuperado de la memoria en el momento de uso, más que ser sujeto a generación o análisis por la gramática de las lenguas” (Wray, 2002). Esto incluye, por lo tanto, secuencias formulaicas de tipo *¿cómo está usted?* o *te acompaño en el sentimiento*, giros idiomáticos como *estirar la pata*, refranes o proverbios como *no por mucho madrugar, amanece más temprano*, marcadores discursivos como *lo que pasa es que X* o simplemente asociaciones colocacionales como *choque frontal*, *duras críticas*, *pertinaz sequía* o *devastador incendio*.